

Y ese campo sembrado de obstáculos y dudas fué el que recorrió el sabio profesor mexicano con la firme planta de los Lecaze, los Fuquet, Orfila y Devergie.

Honra eterna para el modesto profesor mexicano que vino tambien á enseñar al médico el camino que debe seguir para resolver las cuestiones que afectan su conciencia, su honra y el honor profesional.

Señores: nada más justo que los elogios que se escuchan en este recinto en memoria del que *ya no es*.

Nada más merecido que esta ovacion que no me atrevo á llamar fúnebre, porque el sabio no muere, no acaba, no se pierde en el caos de la nada y del olvido. Su memoria vive siempre entre las ráfagas de la inmortalidad.

Y sin embargo, cuando no podemos contemplar aquella frente veneranda, tostada por la lámpara del estudio, inclinada al suelo por una constante meditacion: cuando no podemos estrechar aquella mano tan leal y tan querida, nos irrita la idea de la muerte.

¿Qué quiere la impaciente, la insaciable?

¿Por qué llevarse al sabio, cuando la nieve de los años no cubria aún su cabeza pensadora?

¿Por qué parar los latidos de ese corazon tan leal y tan recto, y no dejarlo latir para sus hijos, y para sus amigos, y para la humanidad?

Pero ya no existe. Paz á su memoria, y que la ciencia lo coloque entre sus hijos predilectos, y entre los hombres que dan lustre al suelo que los vió nacer.

México, Junio 14 de 1879.

FRANCISCO PATIÑO.



NADA hay más noble, más tierno, ni más conmovedor, que tributar un homenaje de gratitud á los hombres eminentes, que al ver el término de su dolorosa peregrinacion sobre la tierra, reclinan tranquilos su frente pensadora en el ocaso de la vida, dejando en pos de sus huellas un rastro de luz, como el que en las nubes deja el sol esplendoroso al ocultarse entre las tristes sombras de Occidente.

Costumbre ha sido de todos los pueblos, desde la antigüedad más remota, bendecir el nombre y la memoria de los hombres que, elevándose por su virtud y por su ciencia, han dejado en pos de sí el amor y las bendiciones de los desdichados y el respeto y la admiracion de las almas nobles y generosas que han

podido comprender su grandeza, y han podido apreciar enternecidas el amor, el consuelo y el bien, que estos héroes sublimes de la humanidad han dejado á su paso entre las agitadas tempestades de la existencia.

Nosotros, Señores, cumplimos en este momento con tan sagrado deber, y no podia ser de otra manera, porque en este país desgraciado todos los corazones, aun en medio de los duelos y de los infortunios generales, no se olvidan nunca de erigir un altar á los nobles y generosos sentimientos que la virtud corona y la ciencia ilumina con sus esplendorosos rayos.

Dulce á la vez y triste es esta solemnidad, porque al mismo tiempo venimos á hacer la apoteosis del hombre sabio, ilustré y generoso, que derramó por todas partes como el cielo sus fecundantes lluvias, los inestimables tesoros de su alma y de su inteligencia; y lamentamos la muerte del hombre noble y virtuoso, del ilustre maestro, del cariñoso amigo de la humanidad, infatigable obrero de la ciencia, cuya dulce palabra vertia á la vez los eternos principios de la verdad científica, y la virtud y la ternura de su noble y elevado corazon.

La Sociedad «Pedro Escobedo,» á la cual pertenezco, se ha dignado hacerme la honra de elegirme para que sea su intérprete en esta reunion. Yo, que amé sinceramente al ilustre anciano, cuya pérdida deplora todavia la sociedad entera, no podia rehusar esta inmerecida distincion. Mi voz es débil, mi inteligencia limitada; mi palabra está muy léjos de expresar los sentimientos que me animan; pero abrigo la conviccion íntima y profunda, de que la ilustrada concurrencia que me escucha me concederá su indulgencia, porque para hacer el elogio del ilustre Dr. Hidalgo y Carpio, no necesito las cautivadoras galas de la elocuencia. Decir que su nombre se pronuncia con respeto por todos los labios, es la mejor, la más alta alabanza que puedo tributarle. La triste expresion de todos los semblantes y la ternura de todos los corazones que palpitan al eco de mi humilde voz, es la más digna apoteosis que ofrecerse puede, al hombre distinguido, que honró á la patria y á la ciencia con su inmaculada virtud y con su constancia y dedicacion.

No seguiré paso á paso la historia del venerable amigo cuyo recuerdo bendecimos, porque indeleble está en todas las almas nobles y elevadas; repetiré solamente lo que de otro sabio distinguido decia un escritor ilustre: *«Las hojas de su biografía son muy pocas, pueden llenarse en breve; pero en ellas no hay una sola mancha.»*

El ilustre Dr. Hidalgo y Carpio; cuyo recuerdo será eterno en el corazon de los amigos de la ciencia y de la humanidad, consagró infatigable su dilatada existencia á derramar el bien y el consuelo en todas partes, luchando valeroso con la muerte para salvar la vida de sus hermanos, teniendo por armas sus conocimientos, y por escudo sus nobles y sublimes aspiraciones. Muchas de las horas que debió haber consagrado al reposo, las ocupó al estudio y la meditacion, para aliviar los sufrimientos de la humanidad doliente, para

descubrir los tesoros que en su misterioso seno oculta la ciencia, y para encontrar el medio seguro de salvar á la inocencia y descubrir y anonadar al vicio corruptor y al crimen execrable.

Su excelente obra sobre Medicina legal, que se distingue muy particularmente por la sana intencion que la dictó, es una joya inestimable que honra á la patria que le vió nacer. Comprendiendo perfectamente la elevada y sublime mision que tenia que desempeñar, fué siempre para la juventud un padre cariñoso y un maestro excelente, y para la humanidad entera un amigo afectuoso, que sufría con sus dolores y gozaba con sus alegrías.

Excelente padre de familia, buen amigo, ciudadano honrado, maestro inteligente y amable, supo ceñir en su encanecida cabeza la doble diadema del saber y de la virtud.

Me parece, Señores, que lo contemplo en este instante, noble siempre y siempre bñdadoso, revelando en su dulce mirada la belleza de su carácter y la honradez de su corazon. Me parece que contemplo al ilustre anciano, sereno siempre, dejando ver en su semblante la grandeza y la tranquilidad de una alma pura, y que al fijar en mi sus ojos me hace descubrir una de las grandes virtudes que lo adornaban: la resignacion.

Todos los años de su vida estuvieron consagrados al estudio; todos los tesoros adquiridos por su inteligencia, á prodigar el bien y el consuelo donde quiera que veía el triste semblante del infortunio. Su honradez acrisolada es su más hermoso título de nobleza, pues no vaciló un instante en sacrificar sus intereses para salvar sus convicciones. La pureza de sus costumbres y su caridad ardiente y fecunda lo elevaron al alto puesto donde hoy brilla con inextinguible luz, y hoy los que lo amamos, bendecimos su recuerdo con reconocimiento y con ternura.

Si yo pretendiera, Señores, enumerar, siquiera ligeramente, sus nobles virtudes y sus merecimientos, mi tarea seria interminable: básteme decir en honra suya, que conquistó con sublime esfuerzo el campo de la ciencia; que derramó el bien en todas partes, y que al reclinarse en el triste regazo de la muerte, pudo exclamar tranquilo y satisfecho:.

«He cumplido noblemente con mi deber.»

Yo quisiera, Señores, poder recoger en este instante las perfumadas flores de ternura y de virtud que él derramó sobre la tierra, para ornar con ellas su sepulcro, como la más digna ofrenda que pudiera ofrecer á su memoria; pero ya que esto no me es posible, mi débil voz bendice su nombre, uniéndose á la admiracion, á la gratitud y á la ternura de todos los amantes de la ciencia y de la virtud.—HE DICHO.

México, Junio 14 de 1879.

JOSÉ PALACIOS.